Versiones de lo eterno a 45 rpm.

"*-He dicho que no te quiero ver holgazanear. Ponte a tu trabajo. Haz poesías para postales y no descuides el oráculo*"

El libelista Benito. Ignacio Aldecoa.

Insomne soledad

Zumbaba el tiempo con la perseverancia de lo irrenunciable. Era como aquel viejo ventilador que reparó su padre tras rescatarlo de la basura. Las aspas giraban vertiginosamente, mientras el suave movimiento de la cabeza motora volvía una y otra vez a hacer danzar la cortina del pequeño salón con la elegancia de un vals, y los visillos, frágiles y transparentes, como si de un electrizante tango se tratara. El mecanismo parecía vivir una segunda vida. Él permanecía allí, en la más completa oscuridad, mientras, afuera, la tarde de julio ardía en llamas. El recogimiento le sumía en una lánguida pesadumbre. El tictac del reloj vencía el gesto huraño del péndulo de metal que brillaba desconsoladamente en su vaivén, y se acompasaba al pulso de las sienes con cadencia aliviadora. Lo sentía al dejar reposar sus dedos índice y corazón, a modo de inconsciente auscultación de la conciencia. Era entonces cuando cerraba los ojos perlados por la irrefrenable emoción, y veía avanzar a su madre extendiendo sus brazos hacia él. La evocación de su infancia principiaba siempre por aquel retazo. La vejez crujía en su interior con voz de niño.

Pasión de amarga ciencia

Recita entre dientes, "*Llena, pues, de palabras mi locura...*" La habitación del hospital es de cera. Se asemeja a una gran vela ardiente de la que escapa la pesarosa existencia. El hilo caliente que asciende invisible hacia la nada. El grito de la luz vencida. Aunque también, a veces, torna en reflejos huidizos que se proyectan en el techo. Son como pequeñas luminarias, titilantes mariposas que flotaran sobre untuoso aceite. Prosigue la íntima entonación, "*...o déjame vivir en mi serena...*". La verticalidad del sol atraviesa la transparencia del día enmarcada en el cristal de la ventana. Derrama sobre la estancia su bienhechora presencia. Su intensidad duele en la mirada como hormigas enfebrecidas de ira por menudas manos que sondan con ramitas la profundidad de sus túneles o ciegan la entrada sin compasión. El soneto es mortecino y medido acento de lluvia que fenece como el canto del cisne. El lector por horas apura el último verso. Sobre la mancillada cama el yerto e indolente cuerpo rinde tributo al amor dormido entre las sábanas. Acerca su mano. Toma la de aquel, fría como el jaspe, y entona el dolor como rezo. Las palabras completan la ausencia, "*...noche del alma para siempre oscura*"

¿ o son podencos..?

La punzante frialdad del albor es tijera que recorta la figura inerte y bamboleante. Cuelga su cuerpo como el poema nunca leído y ajado en la hoja escrita que duerme en el olvido. La madrugada ha sido pavorosa en las manos asesinas, que consagran su macabro tacto a la horca o a la inyección de lejía. El rostro de lo innombrable tiene faz de crueldad infinita. Su estilizada carrera en pos de su sino maldito es cuenta atrás. Nadie los verá viejos ni servirán de compañía. La sentencia de muerte se aproxima en cada zancada. En su glorioso atributo también se halla su estigma. Grácil sombra de la sombra que rumia el ocaso a dentelladas. Por allá van los galgos, ¿ o son podencos...?

Pedro Luis Ibáñez Lérida